

demas, sabed que los cristianos jamas se han valido de prestigios ni de encantos. Me habeis mandado llamar : aquí me teneis á vuestras órdenes.

6. El tirano lleno de cólera, le dijo entonces : — Sois un temerario, pues así os oponéis á los decretos del emperador, mas yo haré que os corrijau los tormentos ; — y en seguida dispuso que fuese el Santo cruelmente azotado, pendiente del potro. Habiendo el Santo sufrido aquel castigo con cristiana resignacion y paciencia, le amenazó de hacerle quemar vivo, y entretanto le mandó á la cárcel, en donde encontró á cuarenta cristianos mas que estaban aherrojados por la fé de Jesucristo. Llevado el Santo de compasión por aquellos infelices se puso á orar, y de repente se abrieron las puertas de aquel encierro por sí mismas, recobrando la libertad aquellos santos confesores. Tan estupendo milagro convirtió á muchos infieles, pero mas enfurecido que nunca el gobernador, dispuso que atado de pies y manos, fuese el Santo arrojado dentro de un horno ; pero el fuego no hizo mas que quemar sus ataduras, quedándose el Santo ileso dentro las llamas, en donde seguia entonando divinas alabanzas. El tirano, aburrido de escojitar medios de atormentarlo y no esperando hacerle vacilar en su fé, mandó que le diesen muerte al momento á cuchilladas, y de este modo pasó el Santo á recibir en la gloria el premio de su constancia. Sucedió este glorioso martirio por los años 275, último del reinado de Aureliano. Surio escribe la historia de este santo mártir, que ha sido siempre tenido en suma veneracion por los Griegos. En tiempo de Constantino se edificó una iglesia á su invocacion en la ciudad de Cesarea y en el mismo lugar en que habia estado su se-

pulcro, y se edificaron despues muchas otras en su honor, en varias ciudades.

§ LVII.

DE S. GENARO OBISPO

1. Contienen los Napolitanos y Benaventinos acerca de la patria de S. Genaro. Los segundos afirman que era de una familia antigua, oriunda de los Samnitas, siendo aquel el territorio que ocuparon estos formidables enemigos de los Romanos. Refieren y pretenden ademas que los antepasados de este Santo fueron señores y despues duques de Benevento. No han podido obtenerse pormenores seguros de los hechos que corresponden á los primeros años del Santo : lo que únicamente consta es, que sus padres fueron cristianos. Se sabe tambien que cuando vacó la silla de la iglesia de Benevento, era S. Genaro tenido por el mas santo y docto de aquel clero, por cuya razon fué elegido obispo por aquel y por el pueblo de comun consentimiento. Rehusó el Santo obstinadamente ser ungido obispo, por su mucha humildad, pero fué obligado por cristiana obediencia á encargarse de aquella diócesis, que le confirió S. Cayo ó tal vez S. Marcelino.

2. Apenas S. Genaro tomó el gobierno de su iglesia en aquellos infelices tiempos de persecucion, cuando se hizo público su celo por propagar la fé de Jesucristo, pues no limitaba su fervorosa predicacion á los pueblos de su diócesis, sino que visitaba las ciudades vecinas procurando nuevas conversiones de idólatras y auxiliando y fortaleciendo á los fieles.

3. En la ciudad, encontró el Santo á un jóven diácono, llamado Sosio, que servia con mucha caridad y celo la iglesia de Miseno, con el cual estrechó íntima amistad : un dia que Sosio leia el evangelio al pueblo, vió resplandecer una llama sobre su cabeza, de donde coligió el Santo que Sosio seria pronto coronado por el martirio, y se cumplió el presentimiento, porque habiendo sido arrestado el diácono á los pocos dias, y presentado á Draconcio, gobernador de Campania, lo hizo este azotar cruelmente y no habiéndole podido pervertir ni con promesas, ni con amenazas, desistiendo de vencer su constancia, lo mandó restituir á la cárcel, en donde les visitaron todos los cristianos, en especial el diácono Procolo y sus compatriotas Eutiquio y Acucio, sin que en esta ocasion lo abandonase nuestro Santo, que se esmeró en consolarle é infundirle valor.

4. Pasó Draconcio á otra provincia por disposicion del emperador, y le reemplazó Timoteo, el cual habiendo pasado á Nola, é informándose allí de las conversiones verificadas por S. Genaro en todo aquel pais, y de la asistencia que prodigaba á los fieles, mandó al momento que fuese arrestado, y así que lo tuvo en su presencia, atado de pies y manos, le mandó que al momento sacrificase á los dioses. Desechó el Santo con horror y desprecio el inícuo mandato, y Timoteo enfurecido dispuso que fuese arrojado dentro de un horno encendido. Cumpliósse al punto la sentencia, pero salió de las llamas sin la menor lesion. Tan grande prodigio llenó de admiracion á cuantos lo presenciaron, pero en lugar de conmovier al tirano, solo sirvió para ponerlo mas rabioso y cruel ; así que, encendido de ira, ordenó que el cuerpo del Santo fuese totalmente desconjuntado

en el ecúleo, hasta que todos sus miembros quedasen despedazados.

5. Habiéndose divulgado por la ciudad de Benevento la atroz sentencia, Pesto y Desiderio, diácono el primero, y lector el segundo de su iglesia, partieron para Nola á visitar á su santo obispo, de parte de todos los fieles de aquella iglesia. Informado Timoteo de su llegada los mandó prender y les preguntó el motivo de su viage. Contestaron los dos, que siendo ambos ministros de Genaro, su santo prelado, habian venido para asistirlo en su prision. Oyendo esto el tirano les mandó poner grillos, y ordenó que juntos con el santo obispo fuesen puestos delante de su carro hasta Pozzuolo, en donde serian espuestos á las fieras. Al llegar á reunirse, saludólos nuestro Santo, y viéndolos afligidos por su causa les dijo : — Animo, hermanos míos, este es el dia de nuestro triunfo : confiemos en Dios y corramos á dar la vida por Jesucristo, que no dudó dar la suya por nosotros. Llegados al anfiteatro se licieron salir las fieras á vista de un inmenso pueblo que se habia reunido para presenciar el espectáculo, pero, ¿cual no seria la general admiracion, cuando las fieras en lugar de precipitarse á despedazarlos, se postraron ante los santos mártires, lamiéndoles los pies en señal de veneracion? A presencia de milagro tan manifesto se levantó un sordo murmullo por el anfiteatro, diciendo unos á otros aquellos gentiles : — Seguramente que el Dios de los cristianos es el verdadero Dios.

6. Advertido Timoteo de aquel rumor, temió no sucediese algun alboroto sedicioso, y dispuso que al momento fuesen trasladados á la plaza pública para ser decapitados. Al pasar S. Genaro por delante del gober-

nador, pidió al Señor que quitase la vista á aquel tirano para confundirle y para beneficio de aquel pueblo. Escuchó Dios el ruego de su Santo, y de repente quedó Timoteo ciego. En tal conflicto dió al punto orden de suspender la sentencia, y arrepentido de su iniquidad, suplicó al Santo le perdonase los martirios que le habia hecho sufrir, y que rogase á Dios para que le restituyese la vista. Púsose el Santo en oracion, y alcanzóle al punto la gracia, siendo tal el milagro que en el mismo dia se convirtieron 5000 paganos; pero Timoteo, á pesar del beneficio, que acababa de recibir, por temor de incurrir en el desagrado del emperador, mandó á sus oficiales que se cumpliese la sentencia secreta y prontamente.

7. Mientras el Santo caminaba á Vulcano, que era el lugar del suplicio, salió á su encuentro un viejo, que le suplicó llorando, le diese alguna prenda para conservar la veneranda memoria suya. Movidó el Santo por la devocion del buen viejo, le dijo que no tenia mas que el pañuelo de que poderse desprender, mas que este debia servirle para cubrirse los ojos al recibir el golpe de su muerte, por lo que dispondria que le fuese entregado despues de la ejecucion. Llegado el Santo á Vulcano, el mismo se vendó los ojos y fué en seguida decapitado, pronunciando las palabras:— *In manus tuas Domine, commendo spiritum meum*; y con él lo fueron sus compañeros Sosio, Festo, Prócolo, Desiderio, Eutiquio, y Acucio el dia 13 de setiembre hácia el fin del siglo tercero.

8. Los cuerpos de los santos mártires fueron recogidos y depositados en ciudades diferentes. Los cristianos de Pozzuolo, tomaron los de los santos Prócolo, Euti-

quio, y Acucio. Los de Benevento, los de los santos Festo y Desiderio; y los de Miseno, el de S. Sosio. El de S. Genaro fué primeramente conducido á Benevento, despues pasó á Montevirgen, y en tiempo del papa Alejandro IV fué transportado á Nápoles, acompañado de todo el clero napolitano y de considerable número de fieles, en donde S. Severo, entonces obispo de la ciudad, lo depositó en una iglesia que se habia edificado estramuros á su honor. Finalmente, las reliquias del Santo, juntamente con la sangre que al tiempo de su martirio habia sido recogida por los cristianos y conservada en dos redomitas de vidrio, fueron trasladadas á la iglesia catedral, en donde se conservan hoy dia, despues de catorce siglos, con mucha devocion de los Napolitanos, que tomaron á dicho Santo por principal patrono así de su capital como de todo el reino. El mismo Señor ha continuado á honrar á este Santo obrando portentosos milagros por su intercesion, particularmente contra los horrendos incendios con que el Vesubio amenaza devorar aquella ciudad, sucediendo visiblemente y con frecuencia, que á vista de las santas reliquias del glorioso mártir ó cesa la efusion de la ardiente lava que vomita el volcan, ó cambia de direccion repentinamente.

9. El milagro mas estupendo, que es seguramente el mas celebrado por toda la Iglesia, es el que se reproduce varias veces cada año: esto es, siempre que la cabeza del Santo se pone delante de las redomas que contienen su sangre. Estando congelada la sangre, se liquida al momento y se pone á hervir como si fuese sangre viva, cuyo prodigio sucede á vista de todo el mundo. Algunos hereges han procurado poner en duda este milagro con

frívolos é incongruentes reparos, pero la maravilla sucede de un modo tan patente, que para negarse á su evidencia, es necesario que niegue uno lo mismo que sus ojos están mirando.

10. Todos los hechos que se atribuyen á S. Genaro son extractados de monumentos enteramente dignos de fé. La mayor parte constan de las actas antiquísimas que conservaba el cardenal Baronio, ó de las actas griegas del Vaticano, ó del Menologio griego de Basilio, ó de los escritos que dejó Diacono, autor de mucho crédito del siglo nono, celebrado por Muratori : otros traen su origen de los oficios tambien antiquísimos, napolitanos, salernitanos, capuanos, y pozzuolanos, y finalmente vienen confirmados por la constante tradicion de los habitantes de Nola, que aun hoy dia muestran la cárcel en donde estuvo preso el Santo, el lugar en que le fueron desconyuntados los huesos, y el horno de donde salió ileso : de cuyos citados documentos viene acreditado todo quanto hemos referido, mereciendo por lo mismo entero crédito.

11. Y debo repetir aquí lo que escribí en el preliminar, p. 49, t. 1, esto es : que parece una especie de temeridad el querer dudar de la certidumbre de tales hechos, cuando son referidos por los autores mas antiguos, si á caso no fueron contemporáneos, diligentísimos en examinar las cosas, y lo parece mas especialmente cuando de tales hechos se conserva ademas una larga y pacífica tradicion.

12. Verdad es que hay fundado motivo de dudar de aquellos hechos antiguos, contra cuya veracidad existe algun motivo fundado. Pero quiero preguntar ahora, ¿qué argumentos presentan Tillemont y Baillet, con al-

gunos otros pocos autores modernos, que impugnan los hechos del martirio de S. Genaro? Dicen que su antigüedad dista demasiado de nuestros tiempos; que los tormentos que se refieren son demasiado insoportables para que puedan haber sido ciertos; y que tales hechos en fin, son demasiado numerosos para que puedan recaer en un mismo sugeto, con otras objeciones parecidas, y tan débiles como estas, que no cito en obsequio de la brevedad. A todas ellas se contesta que por la misma razon deberian ponerse en duda muchos otros hechos tenidos generalmente por ciertos : tales son los que se refieren á S. Felix de Nola, á S. Carpo, á S. Teodoro, á S. Taraco, y á muchos otros, que se leen en el célebre Ruinart y otros buenos autores.

13. Algunos autores han celebrado lo que dicen Tillemont y Baillet con motivo de ciertas actas, que se refieren á S. Genaro, halladas en el monasterio de S. Estevan de padres celestinos en Bolonia. Pero no sé porqué se ha de poner tanto crédito en estas actas, para negárselo á Baronio y á los demas autores citados. Dicen con Tillemont : porque las actas de Bolonia son mas sencillas, y no se hace en ellas mencion de los milagros descritos en las de Baronio. ¿Y por esto se han de preferir? Permítaseme una observacion : El siglo presente es llamado el siglo de las luces, porque se ha perfeccionado el buen gusto, aunque quisiese Dios que no se hubiese deteriorado, y no caminase deteriorándose mas, con querer medir las cosas divinas con la debilidad de nuestros flacos entendimientos. Así es que algunos literatos á la moda, niegan ó ponen en duda la mayor parte de los milagros que se leen en las vidas de los santos. Dicen que la narracion de tantos milagros oca-

siona que los hereges se burlen de los católicos, como demasiado crédulos, y que esta es la razon de no convertirse á nuestra fé. Los hereges no creen en nuestros milagros, no por no pasar por demasiado crédulos, sino porque no sucede jamas un milagro entre ellos, por donde se demuestra que de ningun modo pudiera estorbarles nuestra demasiada credulidad á que se convirtiesen, penetrados de la verdad de nuestro dogma. Pero repugnan á creer en nuestros milagros, ó mejor toman este pretesto para no quererse unir y someterse á nuestra santa Iglesia, y no ven los desdichados, que por no someterse á ella se han sometido á no creer en nada, como se deduce de los escritos que diariamente nos vienen de los paises reformados. Por lo demas, nadie ignora que la fé cristiana se ha mantenido y propagado por todo el mundo, por medio de los milagros, y la razon es clara: pues no siendo evidentes á nuestros entendimientos las verdades que revela nuestra santa fé, es necesario que el apoyo de los milagros venga á decidir y fortalecer á los hombres, cuyos prodigios superando los obstáculos de la naturaleza, muestran claramente que son obra de Dios, el cual habla por ellos á la admiracion de las gentes. Por esto, cuando se han aumentado las persecuciones de la Iglesia, ha dispuesto Dios que fuesen mayores y mas frecuentes los milagros. Pero volvamos á nuestro asunto.

14. No hay pues razon de justicia, en sana critica, que obligue á preferir las actas de Bolonia á todas las demas conmemoradas, porque sean mas sencillas y por no ir adornadas de los milagros que se leen en aquellos documentos. Tanto mas, cuanto las actas de Bolonia no tienen mas antigüedad que el siglo décimo sexto, con-

forme se ha averiguado. Por otra parte un escritor erudito, el P. Severo Rofsi ha estampado en una de sus doctas disertaciones, que tales actas deben tenerse por menos verídicas que aquellas, por cuanto se encuentran atestadas de hechos falsos ó inverosímiles, y sobre todo, porque se descubre que era su autor persona ignorante y lega aumentándolas torpemente, hasta con muchos errores de latin.

§ LVIII.

DE SANTA FÉ, VÍRGEN, Y DE S. CAPRASIO.

1. Nació santa Fé en Agen de Aquitania, de una de las mas ilustres y cristianas familias de la provincia. Por aquellos tiempos sufría la Iglesia una de sus mayores persecuciones, y nuestra Santa, que se habia consagrado á Dios desde sus mas tiernos años, oyendo hablar de los combates y victorias de los mártires, tenia grandes deseos de alcanzar la palma del martirio, como quiso Dios concederle.

2. Era entonces gobernador de Aquitania el famoso Daciano. Llámolo famoso por la crueldad que desplegó en atormentar á los cristianos. Como la ciudad de Agen era toda cristiana, resolvió el tirano pasar á ella en persona para hacer allí un estrago en todos los fieles que la habitaban. Así fué que todos procuraron huir á los bosques y cavernas, huyendo de tan terrible tormenta. Pero santa Fé, aunque fué muy instada para que se salvase, no quiso salir de la ciudad, diciendo, que no queria perder la ocasion que le deparaba el Señor de ofrecer su vida por su amor. No tardó en ser acusada la

Santa como cristiana, lo cual habiendo llegado á su noticia, no dudó presentarse espontáneamente á Daciano, quien creyendo que era noble, y admirado de su intrepidez le preguntó su nombre y la religion que profesaba. La Santa sin turbarse le contestó al punto : — Me llamo Fé, y no solo llevo el nombre de esta virtud, sino que arregladas á ella son todas mis obras, porque soy cristiana, habiéndome consagrado enteramente á mi Salvador Jesucristo. — El juez, probando seducirla, le dijo con blandura : — Hija mia, deja á un lado los sueños de los cristianos. Eres noble y jóven, te prometo que te constituiré la primera matrona de la provincia. Vé á ofrecer un sacrificio á la casta Diana, y al salir del templo recibirás los ricos dones que te tengo preparados. — A tal proposicion contestó la Santa con valor : — Desde mi infancia he entendido que todos vuestros dioses no son mas que demonios, ¿y quisierais vos persuadirme á dedicarles sacrificio? No lo permita Dios, á quien he consagrado mi cuerpo y mi vida. Ni vuestras promesas ni vuestros dones serán jamas bastantes para hacerme renunciar á mi religion.

3. Daciano, con ademan severo, le dijo entonces : — Cómo! ¿te atreves á llamar demonios á nuestros dioses? Sacrifica al punto ó disponte á morir entre agudos tormentos. — Mas intrépida la Santa le contestó con resolucion : — Sabed que no solo me hallo pronta á sufrirlo todo por amor de Dios, sino que deseo darle cuanto antes este testimonio de mi fidelidad. — Ordenó al momento el tirano, al escuchar tales palabras, que fuese la Santa estendida en unas parrillas de hierro, con fuego por debajo; cuya órden se puso desde luego en ejecucion. Tal suplicio no pudo menos de infundir

horror á los mismos paganos, que iban diciendo que era demasiada crueldad atormentar de tan bárbaro modo á una tierna niña, que no tenia mas delito que permanecer fiel al Dios que adoraba.

4. Habiéndose divulgado la fama de aquel suceso, S. Caprasio, que era un jóven muy celoso cristiano, tambien de Agen, y que se habia retirado á una cueva del monte, vió desde aquel lugar á la Santa que estaba padeciendo en las parrillas, y al propio tiempo observó, que una blanca paloma, que llevaba una corona en el pico, voló á colocarla en las sienes de la santa mártir, y que batiendo las alas hizo caer un rocío que apagó todo el fuego. A tal vision portentosa sintióse encender Caprasio de un vehemente deseo de sufrir martirio; mas sintiéndose poco animoso, y hallándose sin bastante resolucion, rogó al Señor se dignase darle algun indicio de su voluntad soberana, si es que le quisiese llamar al combate por la fé. Apenas se hubo retirado á su gruta, vió salir una fuente de agua viva del centro de una peña, y animado por aquel prodigio, que entendió ser la señal que habia pedido á Dios, abandonó la caverna y marchó intrépido á declararse cristiano ante el prefecto.

5. Daciano le preguntó con enfado quien era; pero luego que reparó que era un jóven de amable aspecto sintió por él alguna compasion, y como le habia dicho el Santo, que era cristiano, lo llamó á parte, y no perdonó medio de pervertirle; mas viendo que el santo jóven permanecia constante en su fé, le mandó colocar en el potro, y dispuso que fuese atrocemente despedazado con garfios de hierro. Puesto el Santo en el suplicio, se puso á demostrar á los que tenia en su alrededor, la verdad y grandeza de la religion cristiana, con tal fervor

y eficacia, que convirtió á la mayor parte. Entre otros de los convertidos, lo fueron los dos hermanos Primo y Feliciano, los cuales convencidos por las palabras de Caprasio, declararon que el Dios de los cristianos era el verdadero Dios, y en seguida se hicieron bautizar. Daciano, informado de su conversion, puso en práctica cuanto pudo discurrir su impiedad para hacerles renunciar la nueva religion, y hasta les hizo conducir á un templo para que sacrificasen á sus dioses; más resistiendo heroicamente los dos santos hermanos, fueron condenados á ser decapitados con santa Fé y S. Caprasio, y con algunos mas de los recién convertidos. Los cristianos de la ciudad recogieron con diligencia los cuerpos de todos estos mártires, y los enterraron en lugar poco frecuentado. Cuando fué restituida la paz á la Iglesia, el obispo de Agen llamado Dulcideo, prelado de gran virtud, mandó fabricar una iglesia en honor de santa Fé, á donde hizo transportar los venerandos restos de todos los referidos Santos; pero con el progreso del tiempo el cuerpo de la Santa fué llevado á la abadía de Concha, que tomó despues el nombre de la misma. El martirologio coloca su fiesta al seis de octubre. Su culto se halla muy difundido en la iglesia de Francia.

§ LIX.

En este capitulo se describen varias Victorias de algunos santos Mártires, cuya historia se da reunida por su brevedad y amena narracion.

I. DE S. GENESIO.

1. El martirio de S. Genesio, á lo que se cree, tuvo

lugar en Roma, por los años 285 al principio del imperio de Diocleciano, segun se deduce de monumentos auténticos, citados por Ruinart. S. Genesio era comediante, y muy enemigo de los cristianos, sin que mitigase este ódio ni el mismo parentesco, de modo que, habiéndose procurado informar de las ceremonias con que la Iglesia administra el bautismo, quiso en cierta ocasion dar gusto al emperador y al pueblo romano, poniendo en ridículo, en las tablas, tan santo sacramento.

2. Imitando pues un día á un enfermo que pedia ser bautizado, hizo comparecer en la escena á un fingido sacerdote, el cual lo bautizó remedando las ceremonias de costumbre. Pero, oh prodigio! en aquel punto se sintió Genesio iluminado de la gracia. Al acercarsele pues el sacerdote fingido, y al preguntarle, sentado á su lado: — Hijo mio, ¿porqué me has llamado? — Le contestó, no ya fingidamente, sino de todas veras: — Deseo recibir la gracia de Jesucristo, para quedar purificado de los pecados que me oprimen. — Siguiéronse despues las demas prácticas del rito cristiano, y concluida la funcion, confesó seria y formalmente que habia entendido recibir de todas veras el Sacramento del bautismo, añadiendo que en el fervor de su afecto, y mientras sucedia aquel santo misterio vió bajar un ángel del cielo rodeado de luz, con un libro en la mano, en donde estaban escritos todos sus pecados, y que al suministrarle el sacerdote el agua del sacramento, sumergió en ella el libro, mostrándosele despues enteramente blanco y nítido.

3. El mismo dia, al salir Genesio de la escena, se vistió de blanco, como solian practicar los recién bautizados, lo cual dió motivo á que se diese entero crédito